

**PENSAR EL NORTE:
LA CONSTRUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA
DEL ESPACIO DE FRONTERA EN EL CONTEXTO
DE LA CHILENIZACIÓN 1883-1929**

***THINKING NORTH: THE HISTORIOGRAPHIC CONSTRUCTION
OF THE FRONTIER SPACE IN THE CONTEXT
OF THE 1883-1929 CHILENIZATION***

por:

MG. GERMÁN MORONG REYES¹ Y MG. EUGENIO SÁNCHEZ ESPINOZA²
*Profesor de Historia y Geografía*¹
Magíster en Antropología Social
*Profesor de Historia y Geografía*²
Magíster en Historia, mención Historia de Chile

Recibido el 20 de mayo de 2006
Aprobado el 29 de julio de 2006

RESUMEN

¿Cómo han sido pensados y bajo qué perspectivas metodológicas han sido abordados los procesos históricos, en su amplio sentido, inscritos en un espacio de frontera como lo es el sur peruano y el norte chileno? ¿Cómo ha resuelto la historiografía nacional el problema de constituir un objeto de estudio desde una perspectiva que privilegia únicamente las relaciones de fuerza en el campo de la política como nivel de análisis? ¿Qué tipo de historia se ha construido tomando como referencia, teórica y documental, una visión de centro que se enmarca en una historia “oficial” “homogeneizante” concebida como historia nacional? ¿Qué procesos históricos han sido omitidos o silenciados producto del desconocimiento de las realidades locales, regionales que se resisten a la simplicidad con que se les ha abordado tradicionalmente?

Palabras clave: *Construcción historiográfica, frontera y chilenización.*

ABSTRACT

How have historical processes been thought of? Under what methodological perspectives have these historical processes been tackled? In a wide sense, how have they been registered in a frontier space as the Peruvian South and North of Chile are conceived? How has the national historiography solved the problem of constituting an object of study from a perspective which only privileges the strengthening of relations in the field of politics as a level of analysis? What type of history has been constructed considering—as a theoretical and documentary reference—a central vision which is part of an “official” and “homogenizing” history conceived as a national history? What historical processes have been omitted or silenced as a product of the ignorance of local and regional realities which resist the simplicity used to tackle them in a traditional way?

Key words: *Historiographic construction, border and chilenization.*

I. INTRODUCCIÓN

Las interrogantes planteadas previamente son el aspecto medular del siguiente artículo que revisará a lo menos tres niveles de discusión: a) La clásica posición historiográfica de centro que configuró al norte bajo ciertos y selectivos niveles de análisis: Historia del Salitre, Guerra del Pacífico en el contexto formal de un positivismo que no ha podido dialogar a nivel interdisciplinario y que ha centrado su interés en la política institucional del Estado de Chile, en la llamada chilenización del norte tarapaqueño; b) La necesidad de una antropología histórica y/o una “Historia de la cultura”, en el sentido chartiano¹, que operaría con una muy distinta lógica de razonamiento; se prefiere ser fiel al desarrollo de una historia regional, en la cual las fronteras impuestas desaparecen para dar paso a “microhistoricidades”. En ella la relación de convivencia diaria en ciertos espacios territoriales, bajo ciertas coyunturas, genera un mapa en que las tradicionales fronteras impuestas dan paso a fronteras que se movilizan a lo largo de los siglos, conformadas por variadas prácticas culturales y constantes asimilaciones identitarias (performatividad de las identidades).

Sostenemos la necesidad de diferenciar la existencia histórica de una frontera política (Chile-Perú pos-Guerra del Pacífico), de una frontera cultural que implica un nuevo nivel de análisis y una nueva representación del discurso de la historia, en un intento metodológicamente interdisciplinario; c) Fuera del discurso hermético de los

¹ Roger Chartier: 1994.

historiadores, se debe considerar qué tipo de repercusiones ha tenido el macrorrelato hegemónico de la historia de Chile en la representación popular de esta. Es así como la educación escolar y universitaria ha sido construida en función de los conceptos de “nación” y “territorio nacional”, bajo estos se constituyó la red identitaria llamada chilenidad, es decir, la presencia de una única identidad histórico-nacional. Por tanto, la memoria colectiva que habla de su pasado se ha sustentado en una visión en que los espacios de frontera cultural territorial se presentan difusos y hasta invisibles, puesto que la frontera política organizó la dicotomía entre lo nuestro conocido y lo otro desconocido.

En resumidas cuentas se trata de problematizar a la luz de la perspectiva de la historia de la cultura, cuyos lineamientos teóricos han sido expuestos por Roger Chartier y Michel de Certeau, las construcciones históricas que han constituido al norte como objeto de discurso conformando una memoria oficial que ha pecado de miope. Al mismo tiempo, llamar la atención sobre una emergente historiografía regional que intenta construir un relato interdisciplinar desde el mismo espacio de frontera, fracturando las relaciones centro periferia como principio de justicia de la realidad local (que incluye muchos niveles de análisis).

II. PENSAR EL NORTE DESDE EL CENTRO: LA MIOPIA DE LA “HISTORIA OFICIAL”

En la década de los 70 Michel de Certeau se preguntaba por los principios mismos que constituyen la

escritura de la historia, tarea que, esencialmente, ya había comenzado a realizar una serie de investigadores asociados a las ciencias sociales, desde Barthes a Derrida, de Ricoeur a White, entre otros. El nudo central de la discusión de la escritura de la historia radicó, fundamentalmente, en considerar la historia, a la vez, como un discurso en el que intervienen construcciones, composiciones, figuras que son las de la escritura narrativa², por lo tanto, de la ficción, y como una producción de enunciados que aspiran a un estatus de verdad y verificabilidad, por lo tanto, científicos, si la ciencia consiste “en la posibilidad de establecer un conjunto de reglas que permitan controlar operaciones proporcionadas a la producción de objetos determinados”³.

Lejos de pensar la disciplina histórica como una práctica científica, la tensión planteada por Michel de Certeau nos propone la posibilidad de que el relato histórico esté sujeto a formas de enunciación (variables a lo largo del tiempo), y a constricciones que establece la institución de saber desde donde la historia habla⁴. Esta tensión ha sido el aspecto medular con el cual se ha criticado el discurso de la historia en función de la constitución de un objeto de saber más allá del texto. Desde este punto de partida es posible evaluar críticamente el desarrollo de la historiografía que se propuso “reconstruir” el norte de Chile

² Hayden White; 1992: Cap. I.

³ De Certeau; *ibíd.*

⁴ Esta vieja discusión, ya planteada por Michel Foucault en *La Arqueología del Saber* (1967) y en *el Orden del Discurso* (1981), servirá como lente para analizar las formas de construcción de la historia sobre el norte de Chile.

desde la anexión de Tarapacá a la soberanía del Estado chileno tras la guerra del Pacífico (1879-1883), esta clásica historiografía operó como un relato a lo menos con ciertas deficiencias en el tratamiento con que la historia cultural constituye, indaga y precisa seriamente un “objeto de estudio”.

¿De qué manera fue construido el relato sobre los procesos de dominio y soberanía, de chilenización, sobre el espacio tarapaqueño? ¿Qué ideologías, qué instituciones de poder desde el centro performaron una determinada práctica escritural sobre el norte? ¿Cómo aparecen siendo constituidos los sujetos desconocidos del último norte en el relato de una historia de centro? Las formas de enunciación, las reglas institucionales, durante el siglo XIX y el siglo XX, determinaron un tipo de historia oficial (casi escolar) centrada en espacios determinados y con niveles de análisis también particulares:

Un interés central de la historiografía “clásica” fue la construcción de un relato sobre los antecedentes, desarrollo y consecuencias de la Guerra del Pacífico (1879-1883). Los criterios de análisis privilegiaron el estudio por las formas de ocupación, las políticas institucionales de dominio y legitimación, los discursos estatales sobre las formas en que operaría la soberanía chilena en Tarapacá. Toda la construcción discursiva de esta historiografía se sostendrá sobre documentos emitidos por el Estado, localizados geopolíticamente en el centro, eludiendo toda posibilidad de que la construcción histórica pudiese “hablar” por los vencidos y, más aún, no considerando una diversidad de documentos que revelan una historicidad

legítimamente producida desde el propio espacio dominado.

El permanente interés fue expurgar los archivos ministeriales, judiciales y burocráticos para fabricar, al interior del laboratorio del historiador, una historia de las formas del dominio. En esta abundan las listas de batallas y tácticas militares, de héroes conocidos y desconocidos, cual monumentalización de la memoria oficial en el relato histórico⁵. Todo ello al amparo de un nacionalismo poco consecuente con la naturaleza propia de la disciplina histórica. En este sentido, bien poco importaron los mecanismos de resistencia de la población local, los movimientos migratorios de peruanos desplazados hacia el norte o los conflictos locales y, al mismo tiempo, diversos que implicaban la ocupación militar, la convivencia más “civil” de sociedades entretrejidas, social y culturalmente diversas⁶, la propia representación y práctica de éstas frente a los dispositivos legales con que la nueva autoridad impuso la chilenidad. Más aún, la población indígena que debiese haber conducido a una reflexión metodológica por parte de la historia no tuvo clara presencia en el relato histórico de centro. Las implicaciones de esta última afirmación son profundas.

La discusión sobre la presencia de lo indígena, de la etnicidad y, por ende, de las identidades culturales no fue ma-

⁵ B. Anderson (1993).

⁶ Acaso la historiografía propuso el análisis de los diversos segmentos socioculturales presentes en Tarapacá durante el proceso chilenizador a saber; mestizos, indígenas y negros en función de las distintas respuestas discursivas y no discursivas que éstos tuvieron al momento de la práctica punitiva del dominio.

teria en el campo de análisis de la clásica historiografía. En la elaboración de la historia nacional, desde mitad del siglo XIX y hasta principios del siglo XX, momento en que aparece una historia oficial, los indígenas desaparecieron como sujetos históricos para quedar relegados a un pasado glorioso como parte de “nuestras raíces”, de los orígenes, pero no del presente. En definitiva, los indios pasaron a ser objeto de otros discursos: los del desarrollo nacional, los de la modernización o los literarios o antropológicos⁷, pero no como constitutivos de los problemas propios de la historiografía. Más aún, y en este mismo sentido, la historiografía fue la expresión discursiva de un proceso que se arrastra de la propia dinámica de la formación de los Estados-Nación tras la independencia de las sociedades americanas: “En gran medida, lo que hicieron los Estados nacionales y las elites latinoamericanas fue, en lugar de articular y reconocer las diferencias culturales, subordinarlas al centralismo homogeneizador para desintegrarlas”⁸.

La historia al pensar el norte⁹ siguió esta lógica depositaria de la ideología eurocéntrica sostenida en el seno mismo del liberalismo que veía en las comunidades indígenas una “raza inferior”, sociedades primitivas y salvajes¹⁰ y, por lo mismo, carentes de la legitimidad para constituirse en un objeto de estudio de la historia,

más allá de la mirada “folclórica” y/o “museográfica”.

A mediados del siglo XIX la historiografía nacional evidencia una gran productividad, teniendo como exponentes a Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y José Toribio Medina¹¹. Esta primera corriente historiográfica y la que le siguió en el siglo XX¹² se vio inspirada por la necesidad institucional de constituir un discurso sobre lo nacional¹³, cuya discursividad, precisamente, legitimaba a lo menos tres paradigmas claves; chilenidad, territorio nacional y chilenización.

El de la “chilenidad” implicó la discusión, oficial y popular, de los elementos que la conforman y, por consiguiente, la apropiación y representación de una identidad chilena en oposición a lo que, social y espacialmente, está fuera de ella (los discursos oficiales, los discursos populares, los saberes cultos en informales, produciendo todo un campo de enunciados clasificadores

⁷ Martínez et al.; 2003: 163.

⁸ B. Subercaseaux; 2003: 69.

⁹ Nos referimos al espacio tarapaqueño y, específicamente, a la zona de frontera Arica-Tacna.

¹⁰ Aníbal Quijano; “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. CLACSO, Buenos Aires, 2000.

¹¹ La historiografía considera a estos exponentes como los formadores de los primeros relatos de una historia oficial. Quedan fuera de esta primera corriente las obras de Claudio Gay y R. Phillipi.

¹² Claro ejemplo son las “historias nacionales o generales” de autores como Sergio Villalobos o Gonzalo Vial.

¹³ “Hubo necesidad de justificar el desarrollo de un destino nacional y fue indispensable crear la imagen de cada país, viniendo a ser la historia la cantera más valiosa y abundante para esa construcción. Se la trabajó, en todos los lugares del continente, con mayor o menor énfasis, transformándose al fin en un espejo para mirar la imagen nacional, dando pie para el análisis frío y razonado, pero también para la contemplación anímica ligada al orgullo de cada nación. Los historiadores, más allá de sus motivos personales, rindieron tributo al ambiente social. Y a la vez influyeron sobre él” (Sergio Villalobos en Prólogo, *Historia General de Chile* de Diego Barros Arana 2000-2001: XXXVII).

sobre el juego identidad/alteridad)¹⁴. Tras la Guerra del Pacífico, la configuración de un nuevo mapa territorial, producto de la anexión territorial de Antofagasta y Tarapacá, determinó una nueva forma de conciencia nacional, de adscripción a una identidad chilena sustentada, en su mayor parte, por los discursos institucionales. Desde los distintos organismos estatales se redefinió e impuso una nueva forma de “pensarse” chileno, una nueva representación de la identidad nacional.

La circulación de este saber cimentó, en la población, ciertos paradigmas acerca del otro peruano sobre la base de un arbitrario proceso etnoclasificador constituido, a su vez, en el seno mismo de los discursos liberales y progresistas. Dicho proceso, en tanto constructor de la alteridad, definió ciertos enunciados y saberes fundantes: la homologación de la nacionalidad con la etnicidad, es decir, el peruano como sinónimo de indio, por tanto, retrasado e incivilizado, la imagen del “cholo”; un etnónimo que connota rasgos negativos (cobardía, flojera, suciedad, etc.). La emergencia del “otro” definió una nueva práctica discursiva de clasificación cultural sobre las poblaciones que quedaron más allá de la frontera política (norte del Valle de Camarones, Arica-Tacna), estas poblaciones, relegadas a la “externidad”, fueron objeto de la antinomia “civilización” versus “barbarie”, ese otro que, siempre externo, operó como

una suerte de espejo negativo para el reflejo de la construcción imaginaria de la nación.

Siguiendo este relato hegemónico aceptado, la historiografía vino a legitimar el discurso de la identidad nacional constituyendo una memoria oficial a partir de la valoración, en extremo, del acontecimiento/documento/monumento¹⁵ para referirse a selectivos hechos que pudiesen demostrar los elementos más positivos de la identidad nacional, a saber: el héroe militar, la valentía, el amor a la patria, la arenga, la victoria, la civilización, la raza guerrera, etc. En este sentido, el trabajo documental implicó un criterio de selectividad de los hechos allí narrados en función de los elementos que fortalecieran la “chilenidad”. Un segundo paso fue, justamente, distribuir y hacer circular esa imagen en el saber popular a través de la educación como instrumento oficial en la formación de la memoria nacional.¹⁶ ¿Cuál sería, a partir de ese momento, el otro necesario para la construcción de nuestra alteridad? ¿Cómo pudo resolver la clásica historiografía el problema de las identidades locales (las del espacio de frontera) frente al impacto chilenizador? La miopía de este tipo de relato histórico radicó, fundamentalmente, en el desconocimiento de una “evidencia documental” acerca de los procesos sociopolíticos

¹⁴ Y. Bromley; 1986, Levi-Strauss 1976, J.L. Martínez 2003. Ver el notable trabajo Martínez C., Martínez B. y Gallardo “Rotos, Cholos y Gauchos: la emergencia de nuevos sujetos en el cambio de algunos imaginarios nacionales republicanos (siglo XIX) en *Nación, Estado y Cultura en América Latina*. Ed. Facultad de Filosofía y Humanidades U. de Chile, 2003.

¹⁵ Parafraseando a Michel Foucault.

¹⁶ Michel de Certeau ya había planteado la siguiente reflexión: “¿En que condiciones un discurso erigido, según los procedimientos específicos del trabajo del historiador, puede ser aceptado, como dibujando adecuadamente la configuración histórica que se dio por objeto? ¿Será la historia como relato verdadero y finalmente como relato de poder la única capaz de producir control y coacción, fabricar autoridad y conformismo?”, en R. Chartier: 1996: 70.

vivididos por las poblaciones locales al momento de la ocupación chilena. El relato hegemónico de centro constituyó unos sujetos históricos, sobre la base del principio de la legitimidad de la chilenidad, eludiendo la voz del otro y relegando a este último fuera de los límites de la soberanía territorial y de la modernidad.

Los límites de la chilenidad coincidieron con la demarcación de una frontera política en un intento de homologar identidad y prácticas identitarias a la territorialidad política conformada por un impuesto límite fronterizo. Aquel resultante de los conocidos tratados de 1883 y 1929 que fijaron la frontera política separando las ciudades de Tacna y Arica y el respectivo interland¹⁷.

Muy de la mano con lo señalado anteriormente, la presencia de una discursividad sobre el “territorio nacional” expresó un segundo paradigma del relato histórico de esta primera generación de intelectuales. Las implicaciones de un extendido y aceptado discurso sobre la territorialidad chilena determinaron, desde el discurso histórico, el comienzo de la representación de un mapa imaginado de Chile, aquel que todos conocemos: el dibujo de un mapa que comienza desde la Línea de la Concordia y se extiende hasta Magallanes. Insistimos sobre la práctica institucional y su expresión en el discurso histórico tendiente a “homologar” el territorio soberano al ejercicio de la “chilenidad” sobre él.

La preocupación por fijar la frontera política se convirtió, en los textos de historia, en una cuestión central: “la anexión territorial desencadenó,

entre otros procesos, el desarrollo de un conjunto de estudios destinados a redibujar, para la burocracia nacional, el nuevo espacio territorial de la nación. Podríamos decir que, casi por definición, cada burocracia estatal trata de “dibujar”, para sí misma, una determinada representación de los espacios, territorios, poblaciones y riquezas, necesaria para la determinación del control administrativo”¹⁸.

Al finalizar el siglo XIX, y en pleno proceso de “chilenización”, ya hay una primera reflexión y se ha producido un determinado discurso sobre el espacio de frontera. La versión histórica de investigadores como Barros Arana y Toribio Medina ha quedado desplazada y un nuevo discurso empezará a desarrollarse, a saber: el de los funcionarios estatales productores de importantes descripciones tanto de los territorios como de las poblaciones indígenas y no indígenas que los ocupaban. Eran ingenieros al servicio de ministerios tales como el de Obras Públicas y Relaciones Exteriores; los informes de todos ellos alimentaron por varios años la reflexión de Ministerios del Interior y del Congreso Nacional¹⁹. Por lo tanto, se puede sostener que los archivos trabajados por las corrientes historiográficas de principios de siglo siguieron la lógica “céntrica” en la constitución de determinados objetos de saber sobre determinados niveles de análisis: política, relaciones exteriores, tratados jurídicos, etc.

Un tercer eje de análisis corresponde al proceso de “chilenización”, este ha sido objeto en las últimas décadas

¹⁷ E. Téllez: 1989.

¹⁸ Martínez et al. 2003: 199.

¹⁹ Op. cit. 199-200.

de renovados e innovadores estudios en la perspectiva de una mirada interdisciplinaria, más consecuente con la “realidad local” o “regional”²⁰. Tales estudios han puesto en tela de juicio los criterios y argumentos discursivos de la llamada “historia nacional” o “historia general”, cuyos eximios representantes en el último tiempo han sido Sergio Villalobos y Gonzalo Vial²¹. Tales autores han abordado el problema siguiendo, de alguna manera, los relatos de sus precededores en los cuales prevalece la reconstrucción de la administración chilena en términos de la presencia del Estado-nación. Los estudios más recientes²² conciben este término “como un proceso de articulación de nuevas y complejas relaciones socioculturales dinámicas y multidireccionales entre los agentes de la sociedad civil que habitó, convivió, se enfrentó o sobrevivió en un escenario azotado por un conflicto y litigio diplomático, particularmente los casos de Arica y Tacna, y las zonas adyacentes para el período comprendido entre los años 1884 a 1929”²³.

El historiador A. Díaz ha sostenido dos lógicas de análisis para tratar el problema: una chilenización entendida como “una construcción conceptual percibida, elaborada y/o creada por agentes estatales, políticos, periodistas,

civiles o soldados peruanos para definir distintas acciones que llevó a cabo Chile en la zona de Tacna y Arica. La segunda alternativa, circunscrita a la postura chilena, definiendo la chilenización como las acciones para despejar la conciencia nacional peruana de los pobladores de Tacna y Arica, y abrir paso a una nueva identificación nacional, en este caso la chilena”²⁴

A todas luces el problema de la “chilenización” se sostuvo en el análisis de los mecanismos de la ocupación militar, las relaciones internacionales y los litigios diplomáticos, las nuevas formas jurídicas, las políticas modernizadoras del Estado chileno y la serie de pleitos derivados de la tensa relación cívico-militar en la zona de ocupación. Probablemente el desconocimiento de fuentes y documentos, emitidos por los sujetos o colectivos sociales de la zona aludida, cedió lugar a un discurso coherente con los relatos hegemónicos del poder dando paso, así, a lo que Anderson ha llamado “comunidades imaginadas” en un intento de explicar la estrecha y recíproca relación entre historia y nación²⁵.

Un intento renovado de explicar la situación de los sujetos y colectivos sociales de la zona en cuestión frente a las políticas chilenizadoras ha sido el trabajo de S. González sobre las ligas patrióticas como agentes de una chilenización violenta²⁶. El estudio constituye una primera aproximación a la compleja red de relaciones entre la población sometida a la ocupación y las expresiones indirectas del Estado

²⁰ A. Díaz; “La chilenización de Tacna y Arica o los problemas para una historia regional del norte chileno”, en *Revista Werken: Arqueología Antropología Historia*. Facultad de Ciencias Sociales U. de Chile, 2003, S. González “El Dios Cautivo; Las Ligas Patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá (1910-1922)”, Ed LOM, Santiago 2004.

²¹ Cabe destacar que las historias oficiales de Chile construidas por estos autores han sido las consideradas en los textos escolares, por lo menos en las últimas dos décadas.

²² A. Díaz. Op. cit.

²³ Op. cit. 146.

²⁴ Op. cit., Pp. 152.

²⁵ B. Anderson. Op. cit.

²⁶ González. Op. cit.

por constituirse como agente soberano. La cuestión central de este tipo de trabajos es someter a juicio los relatos desde “arriba” contraponiendo a estos las representaciones desde “abajo” que conllevó el proceso chilenzador.

Los criterios selectivos con que las “historias generales” construyeron su discurso (soberanía, dominio, Estado chilenzador, héroes militares, políticas estatales, tratados políticos, etc.) excluyeron los mecanismos populares y diversos con los que la población se resistía o aceptaba las nuevas condiciones políticas. La incapacidad, consciente o inconsciente, de silenciar la emergencia de los discursos “locales” tuvo repercusiones insospechadas desde la academia hasta el último rincón de las aulas escolares.

III. DEL RELATO GENERAL AL RELATO DE LO PARTICULAR: DE LA HISTORIA GLOBAL A LA MICROHISTORIA

El diagnóstico que hemos venido comentando ha tenido, sin duda, un alcance en la propia teoría y metodología de la historia. En primer lugar, se ha aceptado que toda escritura histórica es un relato²⁷, necesariamente construido, según reglas específicas que intervienen en el orden del discurso, que organizan un orden cronológico y que producen un efecto de realidad²⁸. Esto último define la particularidad del relato histórico: la producción de un saber verdadero (sujeto a la verificabilidad) en forma

de narración. Las implicaciones de este primer principio han permitido determinar los procedimientos del historiador para referir “verdaderamente” la “realidad” que estaría más allá del texto: los sistemas de referencia narrativos y no narrativos, las estrategias de acreditación (la puesta en evidencia de los documentos), la persona en que habla el historiador (la desaparición del yo en el discurso de saber), etc.

En segundo lugar, la disciplina histórica ha constituido, en las últimas décadas, una profunda reflexión sobre los modelos²⁹ explicativos bajo los cuales se posicionaba, como en los objetos y campos que delimitaba. De allí que se hable de una “nueva historia” que, sensible a los nuevos enfoques sociológicos y antropológicos, ha querido restaurar el papel de los individuos en la construcción de los lazos y las redes sociales. La emergencia, en términos de objetos de estudio, de las prácticas populares, de las situaciones vividas, de las subjetividades, de los conflictos locales, de las estrategias singulares, etc. Un desplazamiento, si se quiere, de una historia global a una microhistoria (diferenciada de la tradicional monografía) en función de un nuevo y reivindicado sujeto histórico y de un campo socioespacial más acotado. Es en otros términos el paso de una historia limitada al análisis del acontecimiento sobre la base de documentos que expresan algunos niveles preferenciales de análisis (política, diplomacia, relaciones internacionales, gobierno, elites, etc.) a la interrogación de nuevos objetos estudiados en pequeña

²⁷ De Certeau (1975), Ricoeur (1983-85), Ranciere (1992), White (1973, 1992).

²⁸ Barthes (1972).

²⁹ Los propios del estructuralismo, del positivismo, de la historia cuantitativa, del marxismo, etc.

escala. Es también la reconstrucción de procesos dinámicos (negociaciones, transacciones, intercambios, conflictos) que dibujan de manera móvil e inestable las relaciones sociales, al mismo tiempo que recortan los espacios abiertos a las estrategias individuales³⁰.

Roger Chartier³¹ ha definido agudamente las características de esta “nueva historia”, al señalar que esta “intenta comprender la manera a través de la cual los actores sociales dan sentido a sus prácticas y a sus discursos, las capacidades inventivas de los individuos o de las comunidades, y, de otra parte, las presiones, las normas, las convenciones que limitan –de manera más o menos fuerte según las posiciones en las relaciones de dominación– aquello que es posible pensar, enunciar y hacer”³². Si atendemos a las condiciones de la chilenización impuesta, a los mecanismos y dispositivos discursivos y no discursivos del dominio, se hace necesario colocar en el centro del trabajo de los historiadores las relaciones complejas y variables, imbricadas entre los modos de organización y de ejercicio del poder político en una sociedad dada, y las configuraciones sociales que vuelven posibles esas formas políticas en los espacios y sujetos depositarios del poder.

Todo ello conduce a replantear concienzudamente los objetos de estudio de la historia general que, en la mirada crítica de la “nueva historia”, operan de forma miope al indagar exclusivamente sobre las producciones institucionales de saber en niveles asociados a la política

y la geopolítica del dominio territorial. A lo menos, estas maneras clásicas de los relatos históricos del norte (en el contexto del proceso chilenezador) señalan o explicitan una configuración de los sujetos locales como sociedades homogéneas, sin diversidad interna, sobre la base de una clasificación cultural venida de centro y amparada en los discursos de los funcionarios estatales, como parte de las legitimidades del dominio.

Entonces, ¿cómo dar cuenta de las “realidades” de esos sujetos locales más allá de la mirada del poder y de la historia nacional? ¿Qué tipo de desplazamiento debe operarse para configurar una microhistoria, en función de la emergencia de los discursos y las prácticas sociales e individuales de los espacios marginales, que contienen en su interior las representaciones y apropiaciones frente a las políticas punitivas del Estado nacional? ¿Qué tipo de documentos habrá que explorar para encontrar todo el campo de “miradas”, representaciones y prácticas de los sujetos de la zona de Tacna y Arica?

Todas estas interrogantes comienzan, lentamente, a ser despejadas dada la emergencia de una historiografía regional amparada en estudios de corte sociológico y antropológico. Uno de ellos es el de Sergio González (mencionado anteriormente) que, desde el análisis sociológico, ha querido dar cuenta, en palabras de Lautaro Nuñez³³, “de hechos tan sólidamente documentados que pareciera que en sí mismos estos archivos lo conducen, en este caso, a la revelación del episodio más aterrador que se recuerde de violencia estatal y

³⁰ R. Chartier; 1998: 4.

³¹ Op. cit., p. 7.

³² *Ibíd.*

³³ Arqueólogo, Premio Nacional de Historia 2002.

civil, ejercida sobre la sociedad peruana de la postguerra salitrera”. L. Núñez se refiere a las ligas patrióticas chilenas, cuyo objetivo fue “desperuanizar” las provincias de Tarapacá, provincias “que pasaron a ser chilenas y que para desperuanizarlas cayeron en manos de demonios xenófobos organizados en un movimiento pronacista orientado a martirizarlos y expulsarlos por vencidos, cholos y complotadores. Por lo mismo, es un segmento gris de una historia regional no incluida en las historias generales y que sería irrepetible y casi incomprensible en las “otras” regiones enmarcadas en el modelo del “Reyno de Chile”³⁴.

El autor señala el grado de particularidad del estudio y la pertinencia de este en la construcción de nuevos sujetos históricos fuera del alcance de la institucionalidad de centro. Quizás la frase más sintomática en función de lo que hemos venido sosteniendo, en la perspectiva de la historia cultural, sea que el autor “se filtró entre los archivos y testimonios vivientes, porque él sabe recorrer todas las metodologías de las ciencias sociales³⁵ no como divertimentos teóricos, sino como instrumentos objetivos para revelar reconstrucciones reales de “carne y hueso”.

Esta apropiación del sentido de lo humano, del sujeto, caracteriza una primera forma de historia cultural y de las formas de enunciación, con delimitados y bien particulares problemas, de la llamada microhistoria. En esta se entretejen los dispositivos del poder y las prácticas de la recepción y de la

representación frente a las primeras; es un complejo entramado de relaciones sociales de violencia y resistencia que relegó a Tarapacá a su mismísima particularidad. En ella se combinan las historias de los desplazamientos de peruanos hacia el norte (cerca de 40.000 refugiados), la memoria de estos de su tierra cautiva desde la otra patria, de la expulsión de sacerdotes, de la destrucción y del manejo criminal del periodismo de la época, de saqueos de casas y bienes privados, expropiación de recursos naturales y las listas “negras” del terror institucionalizado que sacudían el alma de pampinos, portuarios, indios, poblaciones de valle, etc. Aparentemente la historia oficial no fue capaz de “hablar” de estos procesos, sea por una metodología incapaz de dar cuenta de lo “social”, sea por haber constreñido el discurso de la historia hacia los intereses institucionales de la soberanía chilenezadora. En verdad, no hubo organización ni institución alguna ni la propia educación, que no se pusiera al servicio de la limpieza étnica al interior de un Estado nacional victorioso que no sabía qué hacer con estas regiones anexadas³⁶.

Las conclusiones que se pueden esbozar de este tipo de trabajos adoptan, en realidad, la forma de nuevas preguntas para la investigación histórica. Entre estas: ¿Qué debió ocurrir entre los que se quedaron, con sus descendientes, para construir un nuevo y legítimo país nórdico, inseparable de la nueva nacionalidad chilena y, a su vez, no perdieran los afectos con la otra ausente? Y en términos metodológicos: ¿Cómo abordar procesos de tal envergadura

³⁴ L. Núñez, prólogo a la obra de S. González cita 16.

³⁵ Las comillas son nuestras.

³⁶ L. Núñez. Op. cit., p 11.

y con tal nivel de secuelas desde la disciplina histórica?

Un segundo grupo de estudios, al amparo de una joven historiografía del lado peruano y chileno³⁷, planteada como una sociohistoria y/o una antropología histórica, ha ido reconstruyendo las historias de los sujetos de las comunidades de Tarapacá durante el siglo XIX y principios del siglo XX. En ella se han ido acotando los espacios territoriales de análisis, como agudizando los enfoques y sus soportes teóricos. De una historia general que configuró un “espacio” difuso y homogéneo a partir de privilegiados y selectivos documentos, localizados preferencialmente en el centro, se ha ido construyendo una “sociohistoria”, ya habituada a expurgar los archivos regionales y provinciales³⁸, conducente a revelar a lo menos dos tipos de procesos; las particularidades microrregionales de las respuestas a la chilenización, esto es, una clara diferenciación del impacto chilenizador en las distintas áreas de la región de Tarapacá³⁹ y, a partir de esa misma diferencia de territorios, la emergencia, en función del proceso de dominio, de diferentes sujetos sociales, lo que supone, a buena hora, el análisis de diferentes discursividades producidas como formas o

maneras de aceptación o resistencia a las políticas chilenizadoras.

El abandono sistemático de abordar a las poblaciones de Tarapacá como un todo homogéneo, en oposición a la homogeneidad de la supuesta nación chilena, ha conducido a despejar las incógnitas sobre los procesos históricos diferenciados y territorialmente focalizados de las prácticas de dominio y, simultáneamente, las resistencias de la población local. Los estudios de esta nueva historiografía de Tarapacá manifiestan interés explícito por la constitución de un objeto predilecto; el tema de la comunidad y su relación con el Estado⁴⁰. Se refiere esta a colectivos sociales localizados en una territorialidad definida y con mecanismos propios de articulación sociopolítica en contextos históricos definidos, de allí la insistencia por la perspectiva local. Esta última, esclarecida a partir de un sistemático estudio de los documentos, de la oralidad, de la imagen, del registro material y del conocimiento del territorio que se trata de estudiar. Estos investigadores amplían, dada la necesidad de constituir un objeto de estudio más complejo, su formación de historiadores para convertirse en etnógrafos, antropólogos y sociólogos, cuyo mérito radica, fundamentalmente, en reconocer las deficiencias del relato histórico para dar cuenta de las articulaciones de las poblaciones locales frente a los diversos dispositivos del poder.

Los conceptos de comunidad, de identidad, de etnogénesis, de articulación social han ido caracterizando el discurso de esta nueva historia y, con justa legitimidad, comienzan a desplazar

³⁷ M. Cuéllar (2000), Díaz (2003, 2004), Fernández (2000), Galdames (1981, 1999, 2001), González (1993, 1995, 2002, 2004), Gundermann (1998, 2001, 2002), Mondaca (1999), Ruz (2005).

³⁸ Los de Iquique, Arica, Putre, Pisagua, Tacna, Moquegua, Arequipa, etc.

³⁹ Por ejemplo, la histórica diferencia en términos de “frontera cultural” que separan Arica de Iquique, teniendo como nodo o límite el valle de Camarones. Obsérvese, por ejemplo, que la historia del proceso salitrero y la emergencia de la “cuestión social” (Pinto, Salazar) no da cuenta con claridad de la provincia de Arica, ella parece estar ausente en la conformación de una historia de la pampa.

⁴⁰ A. Díaz y R. Ruz (2000), Gundermann (2001).

los análisis centrados en los procesos globales y en el acontecimiento como trama central del discurso histórico, privilegiando sobremanera el análisis diacrónico. Las implicaciones son profundas, pues se asiste, en términos de contrapartida, a la emergencia de una historia desde el margen, teniendo como correlato la complejidad y diversidad que asoma de la particularidad.

Algunas de estas investigaciones nos hablan de la resistencia étnica, en localidades como Putre, a la chilenización de las comunidades indígenas del interior⁴¹. Por otro lado, se establecen las diferencias y las respuestas diferenciadas de las comunidades aymaras y de la población “blanca” asentada en la costa. Ellas permiten, además, establecer los criterios de chilenización que debió articular el Estado en los diversos espacios, con ello demostrar el desconocimiento del Estado centralista de la diversidad étnica y social, más aún, el desconocimiento por parte de la disciplina histórica de las realidades locales.

Uno de los representantes de esta microhistoria ha señalado los desafíos de futuras investigaciones: “Nos interesa aquí señalar que está pendiente entre los historiadores regionales abordar la problemática desde una orientación sociohistórica, intentando identificar espacios de sociabilidad que ciudadanos peruanos y chilenos debieron asumir en su vida cotidiana, como son la escuela, el reclutamiento militar, las festividades populares y religiosas, el comercio, así como también los lugares de diversión a partir de la instauración de la nueva

frontera norte del territorio chileno”⁴². Esta afirmación reafirma el interés de Michel de Certeau en desentrañar de qué manera una sociedad juega con los mecanismos de la disciplina a través de procedimientos populares (minúsculos y cotidianos) en lo que el mismo llamó “las maneras de hacer”, entendidas como las capacidades populares, diversas y complejas, de apropiarse y “representar” las variadas formas, discursivas o no, ejercidas desde el poder.

La nueva historia, en este sentido, ha manejado el concepto de representación⁴³ como la capacidad de las sociedades de “pensar” y “apropiarse” de la diversidad de sentidos, conocimientos y legislaciones que la autoridad emite y cuyo destinatario es el “pueblo”. Es así como sobre el terreno de las representaciones del poder político, con Louis Marin⁴⁴, sobre el terreno de la construcción de las identidades sociales o culturales, con Bronislaw Geremek⁴⁵ y Carlo Ginzburg⁴⁶, se ha definido una historia de las modalidades del “hacer-crear” y las formas de creencia, que es, ante todo, una historia de las relaciones de fuerza simbólicas, una historia de la aceptación o del rechazo por parte de los dominados de los principios inculcados, de las identidades impuestas que apuntaban a asegurar y a perpetuar su dominación⁴⁷.

Definir la dominación impuesta a las sociedades del espacio de frontera (Tacna-Arica) como una violencia

⁴² A. Díaz ; 2003: 163-64.

⁴³ L. Marín (1981, 1993), B. Gemerek (1980, 1987), C. Ginzburg (1966).

⁴⁴ Marín (1981).

⁴⁵ Geremek (1980).

⁴⁶ Ginzburg (1966).

⁴⁷ R. Chartier; 1998: 9.

⁴¹ A. Díaz y R. Ruz.

simbólica (atestada de la simbología nacional identitaria) ayuda a comprender cómo la relación de dominación, que es una relación histórica y culturalmente construida, es presentada como una diferencia cultural entre lo que es “chileno” y lo que está fuera de esta comunidad imaginada. Las proposiciones de Louis Marin⁴⁸ acerca del problema de la representación y el poder político nos hicieron comprender cuál es, en contextos históricos definidos, el poder que tiene la imagen; “efecto-representación en un doble sentido, de personificación de lo ausente –o de lo muerto- y de autorrepresentación que instituye el sujeto de mirada en el afecto y el sentido, la imagen es a la vez instrumentalización de la fuerza, el medio de la potencia y su fundación como poder”⁴⁹.

El concepto de representación manejado por Marin fue un precioso apoyo para que pudieran señalarse y articularse, mejor de lo que permitía la noción de mentalidad, las diversas relaciones que los individuos o los grupos mantienen con el mundo social: en primer lugar, las configuraciones múltiples mediante las cuales se percibe, construye y representa la realidad; a continuación, las prácticas y los signos que apuntan a hacer reconocer una identidad social, a exhibir una manera propia de ser en el mundo, a significar simbólicamente una condición, un rango, la expresión de una autoridad; por último, y como discusión pertinente al problema de chilenización, las formas institucionalizadas por las cuales “representantes”

(individuos singulares o instancias colectivas) encarnan de manera visible, “presentifican”, la coherencia de una comunidad, la fuerza de una identidad o la permanencia de un poder. El trabajo de Marin permite comprender de qué manera los enfrentamientos fundados en la violencia bruta, la fuerza pura, se transforman en luchas simbólicas, es decir, en luchas que tienen las representaciones por armas y apuestas⁵⁰. La imagen tiene ese poder, porque “opera las sustitución de la manifestación exterior en que una fuerza sólo aparece para aniquilar otra fuerza en una lucha a muerte, por signos de la fuerza, o mejor, señales e indicios que no necesitan, sino ser vistos, comprobados, mostrados, luego contados y relatados para que la fuerza de la que son los efectos sea creída”⁵¹.

El proceso de chilenización (1883-1929), tal como la ha mostrado S. González⁵² a partir del estudio de la violencia física y simbólica por parte de las ligas patrióticas, ha evidenciado las formas de sometimiento sobre la base de un nutrido campo de elementos simbólicos que expresaron la identidad y soberanía nacional. El ejercicio propio de la violencia, cuyo manejo le fue adjudicado al Estado, hizo posible un ejercicio de la dominación política que se respaldó en la ostentación de las formas simbólicas, en la representación de la potencia del Estado nacional, incluso en la ausencia física de este gracias a los signos que indican su soberanía. El crédito otorgado (o negado) a las representaciones que un poder político o

⁴⁸ Op. cit., p. 77.

⁴⁹ Marin; 1993:14.

⁵⁰ Chartier. Op. cit., 84.

⁵¹ Marin; 1993:14.

⁵² Ver cita 18.

un grupo social proponen de sí mismos dependen de la autoridad del primero y el prestigio del segundo.

¿Cómo evaluar, sobre las prácticas de la representación, los procesos sociales que conllevó el proceso de chilenización? ¿Cómo dibujar las relaciones de violencia entre el Estado y la población dominada en función de toda una simbología de poder y, al mismo tiempo, de identificación nacional? ¿Qué tipo de investigaciones han configurado el complejo campo entre las relaciones de producción de la simbología del poder y su eficacia en la percepción-apropiación de sus destinatarios? Y en este sentido: ¿Cómo se aseguró la eficacia de los modos simbólicos de la dominación política, tanto más poderosa por el hecho de que aquellos a quienes deben someter los conocen y reconocen como legítimos?

Tales interrogantes debiesen perfilar un nuevo proyecto, que ya se está haciendo, de historia cultural, tomando en consideración los modos y la puesta en ejercicio de la violencia simbólica. Todo un campo de signos en su expresión formal determinó la sujeción e identificación forzada con lo “chileno”: banderas, himnos, educación, disposición de las reglas de la convivencia civil, imágenes del patriotismo, cantares militares, festividades reinterpretadas, calendarización de las celebraciones militares, en fin, toda una estructura, en imagen y discurso, de las formas de la soberanía.

CONCLUSIÓN

Creemos necesario que en la construcción de la historia de este último norte debe operarse gradualmente un desplazamiento de una visión de centro,

elemento constitutivo de la historia oficial y/o general, a una multiplicidad de visiones sobre el proceso chilenizador por parte de la disciplina histórica nacional y extranjera; el campo de las representaciones colectivas depositarias del poder político es una de las tantas áreas investigativas que revelan nuevas proximidades con el desarrollo de la microhistoria, como también los estudios que han puesto de relevancia la relación Estado-comunidad en función de sujetos históricos desplazados por la clásica historiografía: las comunidades indígenas y su articulación con un nuevo Estado en tanto ente reestructurador y aculturador.

Es menester explorar también las posibilidades metodológicas de estudios provenientes de la antropología y la sociología. Su utilización por el trabajo propiamente histórico ha permitido una cierta inteligibilidad de procesos que habían quedado relegados al silencio: el ejercicio del poder y la violencia, las representaciones y apropiaciones de la simbología del poder y la emergencia de discursos y estrategias de resistencia. Las prácticas sociales en un área marginal que dieron cuenta de complejas redes de articulación sociopolítica bajo el proceso chilenizador, han comenzado a ser objeto de la disciplina histórica, ahora comprometida con un renovado enfoque proveniente de las ciencias sociales.

La ausencia en el macrorrelato hegemónico de los nuevos problemas que preocupan a la nueva historia, permitió una forma de representación histórica tendiente a crear una imagen colectiva en la “sociedad chilena” sobre la base de la territorialidad, la soberanía y las heroicidades que, en

términos de acontecimientos fundantes, construyeron paulatinamente la memoria “oficial” y “popular” del pasado nacional. Las repercusiones sociales de una visión miope han tenido consecuencias en los ámbitos de la educación. Así, por ejemplo, los textos escolares con los que muchos de nosotros estudiamos historia se insertaron en un macrorrelato hegemónico que homologó la historia de Chile a las fronteras políticas que éste fue consolidando a lo largo del siglo XIX. En el cual, bajo el ideal de una nación, se homogeneizó a la población en una red identitaria llamada “chilenidad”, desconociendo los espacios culturales intersticiales que fracturaban, de pronto, la presencia de una clara identidad histórico-nacional.

En esta clásica visión los espacios de frontera cultural-territorial se presentaron difusos y hasta invisibles, puesto que la frontera política organizó desde el Estado la dicotomía entre lo nuestro conocido y lo otro desconocido. Muy por el contrario los estudios regionales, antes descritos, se adhieren a otras lógicas de razonamiento: prefieren ser fieles al desarrollo de una microhistoria, en que las fronteras impuestas desaparecen para dar paso al análisis de lo “particular”. En este, la relación de convivencia diaria, en ciertos espacios territoriales, bajo ciertas coyunturas puestas en evidencia, dibuja un mapa en que las tradicionales fronteras políticas casi estáticas (desde el imaginario geopolítico de centro) dan paso a fronteras que se movilizan a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX. Tal movilidad posibilitada por variadas prácticas culturales y cons-

tantes asimilaciones identitarias. Un eje de análisis de la historia cultural es precisamente la convivencia en un espacio de frontera.

Nuestra intención ha sido esbozar, muy sucintamente, la manera en que la historia ha constituido un objeto de saber y las deficiencias involucradas en este proceso discursivo. A la par constatar la emergencia de una historia que, eco de los nuevos enfoques teóricos, ha venido sosteniendo la emergencia de nuevos sujetos en la búsqueda de una historia regional que elude las simples generalizaciones expresadas por la mayor parte de la historiografía del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. F.C.E, México.

Barthes, Roland (1970). “El efecto de realidad”. *Comunicaciones: Lo verosímil*, E. Verón (ed.): 95-101: Ed. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires.

Bromley, Yuri (1986). *Etnografía teórica*. Ed. Nauka, Moscú.

Chartier, Roger (1998). “L’Histoire entre récit et connaissance”, en *Au bord de la falaise. L’histoire entre certitudes et inquiétudes*. Ed. Albin Michel, París.

Chartier, Roger (1996). *Escribir las prácticas; Foucault, de Certeau, Marin*. Ed. Manantial, Buenos Aires.

Cuéllar, Mauro et al. (2000). *Aporte de la policía en el extremo norte de Chile, 1921-1930*. Seminario para optar al título de profesor de Historia y Geografía, Universidad de Tarapacá, Arica.

- De Certeau, Michel** (1995). *La toma de la palabra y otros escritos políticos*. Universidad Iberoamericana e Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, México.
- De Certeau, Michel** (1993). *La escritura de la historia*. Universidad Iberoamericana, México.
- De Certeau, Michel** (1985). “La operación histórica”, en *Hacer la historia*, Tomo I, Nuevos problemas, pp. 3-41, Barcelona.
- De Certeau, Michel** (1972). “Une épistémologie de transition: Paul Veyne”, en *Annales ESC*, t. 27, pp. 1317-1327, Paris.
- Díaz, Alberto** (2003). “La chilenización de Tacna y Arica o los problemas para una historia regional del norte chileno”, en *Revista Werken 4: Arqueología Antropología Historia*, Facultad de Ciencias Sociales U. de Chile, Santiago.
- Díaz, Alberto** (Ms). “Chilenos, Peruanos y Militares: Reclutamiento en la Provincia de Tacna 1919-1929”, Iquique.
- Díaz, A., Mondaca, C. y Ruz, R.** (2000). “Antecedentes político-administrativos implementados por el Estado chileno en el área rural de Arica durante 1880-1929”; en *Revista Percepción 3-4*. Arica.
- Fernández, Iván** (2000). “Ley de colonización de Tacna: Una política modernizadora en la Intendencia para la reactivación de la chilenización”, en *Revista Percepción 3-4*. Arica.
- Galdames, Luis** (1999). “El ámbito de lo “local” como perspectiva de análisis en los pueblos del norte de Chile”, en *Diálogo Andino N° 18*, Departamento de Antropología, Geografía e Historia, Universidad de Tarapacá, Arica.
- Galdames, Luis et al.** (1981). *Historia de Arica* Ed. Renacimiento, Santiago.
- Gálvez, M.; Ruz, R. y Díaz, A.** (2003). “Tarapacá un desierto de historias; historia, cultura y memoria en el norte de Chile, siglos XIX y XX”, *Revista Percepción N° 6-7*, Fondart Regional, Iquique.
- Ginzburg, Carlo** (1986). “Spie. Radici di un paradigma indiziario”, in *Miti, emblema, spie. Morphología e storia*, Einaudi, Torino.
- González, Sergio** (2004). *El Dios cautivo; las ligas patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá (1910-1922)*. Ed. Lom, Santiago.
- González, Sergio** (1995). “El poder del símbolo en la chilenización de Tarapacá: violencia y nacionalismo entre 1907 y 1950”, en *Revista de Ciencias Sociales N° 5*, Universidad Arturo Prat, Iquique.
- Gundermann, Hans** (1998). “Comunidades aymaras, identidades colectivas y estados nacionales en los albores del siglo XX”, en *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*, LOM, Santiago.
- Marin, Louis** (1993). *Des pouvoirs de l'image*, Ed. Seuil, Paris.
- Gundermann, Hans** (1981). *Le Portrait du roi*, Éditions de Minuit, Paris.
- Martínez, J. L., Martínez, N., Gallardo, V.** (2003). “Rotos, Cholos y Gauchos: la emergencia de nuevos sujetos en el cambio de algunos imaginarios nacionales republicanos (siglo XIX)”, en *Nación, Estado y Cultura en América Latina*. Ed. Facultad de Filosofía y Humanidades U. de Chile, Santiago.
- Quijano, Aníbal** (2000). “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. CLACSO, Buenos Aires.
- Télez, Eduardo** (1989). *Historia general de la frontera de Chile con Perú y Bolivia. 1825-1929*. Instituto de Investigación del Patrimonio Territorial de Chile, Santiago.

White, Hayden (1992). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Ed. Paidós, Barcelona.